

Gonzalo Torné

El corazón  
de la fiesta



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* © Shutterstock. Montaje: Diane Parr Studio

*Primera edición: enero 2020*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Gonzalo Torné, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2020

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9889-7

Depósito Legal: B. 26942-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Judit*, per una vita in vacanza

*Dinero, dinero, dinero.  
Voy bien de dinero, y eso  
significa que quiero más.  
El dinero me regala poder y placer,  
dos cosas que me gustan cantidad.  
Dinero, dinero, dinero,  
Shylock, ¡necesito dinero!*

LORD BYRON

# 1. Mayordomos

No sé si sabes que estuve un tiempo casada. Supongo que no fue ni bien ni mal, y si la expresión te parece tibia (una manera de camuflar el desastre) es que tú también has caído rendida al prestigio del desenlace. Te concedo que una ruptura sentimental te inclina a reordenar a la baja las vivencias que la precedieron, pero no las calcina, ni mucho menos. Ahora mismo puedo transportarme sin esfuerzo al día que nos quedamos por primera vez solos en nuestro diminuto piso de Les Corts, las batidas por la ciudad a la caza de muebles, las mismas risas de entonces cuando reparamos en que esa agua que *rajava* grifo abajo la íbamos a pagar con el sospechosísimo ente conocido como «cuenta conjunta.» Trabajábamos en lo que salía, sanos y fértiles (él llevaba pegada en la cara la clase de belleza que te convence de que las soluciones llegarán sin esfuerzo), nos tomábamos aquel futuro del que todo el mundo hablaba con calma, demasiado ocupados en quemar la ciudad: salíamos a bailar, a beber, explorábamos ramas especializadísimas de comida exótica y cosas nuevas en esa cama (divertidos y asustados de cómo el descanso le iba ganando terreno al ardor), y hablábamos y hablábamos y hablábamos, sobre todo él: ¡qué deliciosa cantidad de palabras para no llegar a ningún sitio!

y nos escuchábamos con la misma emoción de vernos en situaciones nuevas, ¿qué es el amor sino una forma inquieta, superior, de curiosidad?

Éramos jóvenes, pero no jovencísimos. Yo venía de hacer el Grand Erasmus de la Precariedad en Londres, viví en pisos con unas paredes tan finas que me transmitían informes puntuales del estado emocional de mis vecinos, me las arreglé para enamorarme de todos los estudiantes que conocí y regresé con la novelita *empantanegada* en un mar fantástico de folios en blanco. Me dolían los músculos de tanto reír y bailar y no sabía cómo seguir con mi vida. Creo que el dedo que hurgaba en mi ánimo responde al nombre dramático de «última oportunidad», y era el responsable de que viese pegada al cristal del sueño la manita de ese hijo que no me había organizado para traer al mundo. Entonces apareció él, nos besamos y nos prometimos pasar la mayor cantidad de horas posibles (de pie y sentados, dormidos y despiertos) juntos. Era el individuo que veía al sonar el despertador, para el que cocinaba y al que di acceso a mi ropa interior, así que me propuse con él lo que cualquier persona cabal: traté de alterarlo, modificarlo, limarlo, prolongarlo, afinarlo, extenderlo. Me gustaría decir que él intentaba lo mismo, pero mentiría como una bellaca, solo quería lo que siempre dijo que quería de mí (con una perseverancia lítica que aún no he decidido si me halagaba o me fastidiaba): compañía en los buenos momentos. Supongo que ese «ni bien ni mal» también es una manera cómoda de etiquetar todo ese entusiasmo, pereza, excitación, aburrimiento, logros y malentendidos que veo pasar a la velocidad del recuerdo en cuanto echo la vista atrás, y que también incluye discusiones, *enganchadas*, gritos y berridos... éramos jóvenes y sanos y vigorosos: créeme, lo sé todo sobre disputas domésticas, ¡manejábamos nuestro propio centro de producción!

No quiero empezar con equívocos: se terminó, pero como de alguna manera hemos seguido viéndonos supongo que no se terminó. Lo invité media docena de veces al piso que heredé en el centro de Barcelona, pero no en el casco viejo que se degrada desplazado hacia el mar, sino en el corazón modernista de la *pela*. Ciento ochenta metros—sin contar la fabulosa terraza— de habitaciones que se abren en salones, y techos de cuatro metros por donde circula un aire noble enmarcado por molduras frutales y malévolos *putti*. La primera vez que lo vio (y eso que ya estaba amueblado, que se perdió su imponente espaciosidad vacía) dijo que pertenecía al género de la indecencia inmobiliaria. Y lo cierto es que queda fuera de las ambiciones de mi generación; un regalo de la herencia que ha desarmado las trampas del futuro: las cotizaciones de la jubilación, la servidumbre de la hipoteca, la precariedad laboral... No sabes con qué serena suficiencia miro ahora esas amenazas sin filo.

Si no has cambiado (y no quiero que te lo tomes como una insinuación, es lo que la vida suele hacerle a las personas) te estarás preguntando por qué no me vendo el pisazo y me dedico a ver la vida pasar. Y aquí es donde cedo el paso a un invitado sorpresa: el escrúpulo moral. En corto: la casa hunde sus cimientos en un estercolero. Mi abuelo se la apropió mientras ocupaba el escalón inferior en la cadena trófica de la dictadura: el de delator; te hablo de una época en la que ser acusado equivalía a que te metieran un tiro en el pecho. Al enterarme me distancié de él, pero no me decidí a ser coherente hasta el final, no renuncié al piso: el ambiente beneficiaba a mi vergonzosa indecisión, la mayoría de los herederos se toman los bienes amasados durante la dictadura como un derecho de conquista.

Pero el caso también conoce sus fiscales: tengo dos hermanos y resulta que ambos han renunciado a sus herencias. Mi hermana (somos mellizas, y aunque yo nací antes suele



comportarse como la mayor) es una santa de las causas sociales, vota a partidos que podrían organizar su congreso en un Smart y viaja el año entero con el propósito de absorber toda la inmundicia que el mundo es capaz de exudar: ella te dirá que es fotógrafa. La renuncia de mi hermano se entiende mejor dentro de una estrategia más amplia que a grandes rasgos consiste en no depender de nadie y ponérselo a todos tan difícil como se lo pone a él mismo.

Mis hermanos suelen tener razón al estilo de las personas coherentes, contra ellos solo puedo echar mano de la imaginación. Y así fue como transformé el Piso de la Vergüenza en una Casa de los Cuidados donde amigas de nuestra edad vienen a darse un respiro, a repensarse. No fue deliberado, no soy tan valiente para planear algo así: acababa de divorciarme (no llegamos a casarnos, pero tampoco quiero que le confundas con un novio intercalado en la serie de besadores), Ana Selma vino a pasar unos días para recuperarse de un cáncer de mierda y se quedó dos meses. Supongo que se corrió la voz, chicas delicadas por el tratamiento, asfixiadas por una relación... Es increíble a cuántas de nosotras nos conviene un descanso. Y descubrí que me volvía loca despertarme entre ese revoloteo de muchachas mejorando como pañuelos de colores al viento.

El piso se ocupa y desocupa a un ritmo que parecía caprichoso hasta que reconocí la pauta: las chicas empiezan a poblarlo en septiembre y hacia febrero las cinco habitaciones (fecundas familias burguesas, os saludo) ya están llenas; en mayo van despidiéndose, y justo cuando el calor empieza a desvelarme la Casa de los Cuidados se queda medio desierta. Supongo que en verano todos nos las arreglamos mejor, el agobio solar rebaja las expectativas y Barcelona te ofrece cinco kilómetros de costa para elegir dónde refrescarte. Este junio pasado me quedé más sola que los anteriores porque se murió la señora Pujol-Cruells, mi ve-

cina de rellano. Su hijo me visitó para comunicarme que no se atrevía a trocear el piso como la mayoría de los nuevos propietarios (bancos, sucursales, fondos buitre) y disculparse anticipadamente por si los estudiantes a los que pretendía alquilarlo se comportaban conforme a sus expectativas: fiestas, conciliábulos, orgías, actos subversivos. Di por hecho que no aparecerían hasta septiembre, de manera que cuando cinco días después (recuerdo la fecha porque lo que ocurría esa noche en la pantalla del televisor entre la luz y Gary Grant era un prodigio) el crujido del ascensor sonó a las dos de la madrugada fue como si la señora Pujol-Cruells acabase de volver de la tumba.

La mirilla me devolvió una naturaleza muerta de cajas de cartón, vi cerrarse la puerta de los Pujol-Cruells, pero aquella mano fantasmal solo podía ser un añadido escandaloso de mi imaginación. El siguiente ruido que me asustó venía de mi propio comedor, Laura (creo que no llegaste a conocerla) se había desvelado y me propuso que terminásemos de ver la película juntas; accedí y vi pasar cada rostro como una oportunidad perdida para mis vecinos: completos desconocidos de cuyas vidas a partir de mañana solo me separarían unos centímetros de yeso.

La semana siguiente fue movida, y, tras una conversación tensa y otra deliciosa con Laura, me quedé sola en casa y sin perspectivas de recibir a nadie hasta bien entrado septiembre. Me dediqué a las reformas imaginarias y a barajar recetas complicadas (aunque cocinar para mí sola me aburre), así que el primer estruendo seco me sorprendió con la guardia baja. Di por sentado que se trataba de los estudiantes hasta que la gran pelea del martes me desveló de mi sueño dogmático: portazos, frases arrojadas, un chirrido metálico... Me convencí de que eran un matrimonio joven (pasados los cuarenta nadie debería avivar esa furia) en trance de templarse o destruirse sobre la forja de la convivencia.

Las peleas se prolongaban hasta lo inaguantable, al quinto golpe seco, de esos que en una película sirven para anunciar una muerte fuera de plano, dije basta; al octavo recordé que el hijo de los Pujol-Cruells me había dejado su tarjeta y le llamé unas diez veces sin suerte; supongo que el vigésimo primero justificaba avisar a la policía, pero nunca he tenido trato con las fuerzas del orden; llamar al timbre y pedir explicaciones estaba descartado, no me han educado así. Mi ánimo decaía a cada golpe de voz, recorría el pasillo tratando de esconderme en mi propia casa. El calor pegajoso de principios de verano tampoco contribuía. Soñaba con las peleas, una madrugada abrí los ojos de golpe, sentí el alivio del silencio y a la media hora se pusieron a gritar. A la mañana siguiente cumplí con el sueño de tantas chicas huérfanas e insensatas cuando las cosas se tuercen: convocar a un chico alto y protector, aunque sea tu exnovio y una calamidad manifiesta.

—Tu casa está llena de enfermas, aunque las llares convalecientes. Me ponen nervioso.

—No hay nadie. Estoy sola.

—¿Y qué quieres?

—Mis vecinos van a matarse y no quiero absorber ese karma yo sola. Incluso cuando callan el silencio suena fúnebre. Ven a pasar unos días.

—Estás hasta las cejas de cuidar y quieres que te cuiden, ¿es eso?

—Ven. Te he dicho que vengas.

Fue separarme del móvil y hundirme en la convicción de que en cuanto pusiese un pie en el recibidor me vertería encima un chorro de reproches, litros de palabras provenientes de sus ajustes de cuentas con versiones de mi pasado. ¿Y de qué iba a servirme? No le necesitaba, mis vecinos eran personas con problemas, bastaría con unas palabras, iban a agradecerme de por vida que enderezase su matrimonio. Me

había dejado arrastrar por el fantasma de un sistema nervioso sobresaltado, le diría que no era para tanto, que me había precipitado, le facturaría de vuelta allí donde viviese ahora.

Le recibí en un salón invadido de arrebatadora luz dorada. Se presentó puntual, con una especie de petate, la onda del pelo flexible sobre su bello corte de cara y la fascinante expresión humana transmitiendo residuos de rasgos infantiles y advertencias del ingreso cercano en los cincuenta: mi vieja llama, mi discreto desastre, el olor familiar, la mente donde más se ha agitado una réplica imaginaria de mis antojos y desilusiones. Era increíble que llevásemos años sin vernos, aunque fuesen solo dos. Concedo que le llamé porque estaba asustada y nerviosa y un poco tristonza, pero ¿cómo no iba a sentir una curiosidad viva por él? Respondió a mis movimientos mentales con una sonrisa desconsoladamente amplia, acogedora y posesiva, como si algo de mí (algo hecho de tiempo) le perteneciese.

—¿De qué te ríes?

—Estás igual.

Me lo dijo pasando por alto el herpes que me tensaba el labio en un pico de pato; aunque no tenía la menor intención de besarle me había pasado la tarde arrancándome una a una las canas, que al verlas corretear entre la masa oscura del pelo me activan un terror irracional. Le agradecí su delicadeza, pero me convenía mantener una suspicacia benévola, todavía podía ser una trampa. ¿No le había tendido yo una a él?

Reprimí como pude la alegría indeliberada del reconocimiento, me concentré en explicarle la tormenta de gritos; no quería que pareciese una nadería, pero tampoco podía permitirme sonar sobrepasada. Por suerte los vecinos vinieron a mi rescate y nos ofrecieron una soberbia demostración del fondo sonoro que se había adueñado de mi vida.

—Pero si son vulgares gritos de pelea, qué decepción; esperaba gruñidos lujuriosos.